

que pendía de fatal espetera en el despacho de D. Paco. Las pobrecillas estuvieron á moco y baba todo el día.

## XXXIII

Este libro concluye, queridísimos lectores, á quienes adoro y reverencio; se acaba, y los notables y jamás vistos sucesos que me acontecieron por el proyectado matrimonio de Inés y por el encuentro de aquellas dos familias en el tortuoso y difícil camino de mis amores, serán escritos, por no caber en este volumen, en otro que pondré á vuestra disposición lo más pronto posible. Tened, pues, un adarme de paciencia, y mientras aquellas distinguidas personas se preparan para ponerse en camino hacia Madrid, á donde con vuestra venia pienso acompañarlas, atended un poco más.

El mismo día 22 encontré á Santorcaz, puesto ya al frente de su partidilla, la cual, como he dicho, estaba formada de lo mejorcito del país. Les digo á ustedes que tropa más escogida que aquella no la capitanearon los famosos *caballistas* José María y Diego Corrientes.

—¿Va usted ya de marcha?—le pregunté.

—Sí; dispusieron que fuera alguna fuerza de paisanos á guardar el paso de Despeñaperros, y yo solicité esa comisión, que me agrada mucho. Allá voy con mi gente. ¿Quieres venir? ¿Has estado en casa de Rumblar?

—De allá vengo.

—¿Y esa familia que está ahí es la de la novia de D. Diego?

—Justamente.

—Creo que van todos para Madrid.

—Así parece.

—¿No sabes cuándo?

—Según he oído, pasado mañana. Esperan saber lo de la capitulación para llevar la noticia.

—¿Con que pasado mañana? Bien... Adiós. ¿Quieres venir en mi partida?

—Gracias: adiós.

Les ví partir, y todo el día y toda la noche estuve pensando en aquella gente.

Yo no ví el triste desfile de los ocho mil soldados de Dupont cuando entregaron sus armas ante el General Castaños, porque esto tuvo lugar en Andújar. A pesar de que la primera y segunda división habían sido las vencedoras de los franceses, la honra de presentar la rendición fué otorgada á la tercera y á la de reserva, por una de esas injusticias tan comunes en nuestra tierra, lo mismo en estos días de vergüenza que en aquéllos de gloria. Por delante de nosotros desfilaron las tropas de Vedel, en número de nueve mil trescientos hombres, y dejando sus armas en pabellón, nos entregaron muchas águilas y cuarenta cañones.

Les mirábamos y nos parecía imposible que aquéllos fueran los vencedores de Europa. Después de haber borrado la geografía del continente para hacer otra nueva, clavando sus



banderas donde mejor les pareció, desbaratando imperios, y haciendo con tronos y reyes un juego de titeres, tropezaban en una piedra del camino de aquella remota Andalucía, tierra casi olvidada del mundo desde la expulsión del islamismo. Su caída hizo estremecer de gozosa esperanza á todas las naciones oprimidas. Ninguna victoria francesa resonó en Europa tanto como aquella derrota, que fué, sin disputa, el primer traspies del Imperio. Desde entonces caminó mucho, pero siempre cojeando. España, armándose toda y rechazando la invasión con la espada y la tea, con la navaja, con las uñas y con los dientes, probaría, como dijo un francés, que los ejércitos sucumben, pero que las naciones son invencibles.

—¡Cuánto siento que no esté aquí el señor de Santorcaz!— me dijo Marijuán, al ver pasar por delante de nosotros á aquellos hermosos soldados, medio muertos de fatiga y de vergüenza.—¿Te acuerdas de las grandes bolas que nos contaba cuando veníamos por la Mancha, y nos refería las batallas ganadas por éstos contra todo el mundo?

—Lo que nos contaba Santorcaz—respondí,—era pura verdad; pero esto que ahora vemos, amigo Marijuán... verdad es también.

## XXXIV

Considerad ahora lo que pasaba del otro lado de Sierra-Morena en aquel mismo mes de Julio. El día 7 había jurado José en Bayona la Constitución hecha por unos españoles vendidos al extranjero. El día 9, el mismo José traspasaba la frontera para venir á gobernarnos. El día 15 ganaba Bessieres en los campos de Rioseco una sangrienta batalla, y al tener de ella noticia Napoleón, decía lleno de gozo: «La batalla de Rioseco pone á mi hermano en el trono de España, como la de Villaviciosa puso á Felipe V.» Napoleón partió para París el 21, creyendo que lo de España no ofrecía cuidado alguno. El 20, un día después de nuestra batalla, entró José en Madrid, y aunque la recepción glacial que se le hizo le causara suma aflicción, aún le parecía que el buen momio de la corona duraría bastante tiempo.

Pero hacia los días 25, 26 y 27 se esparce por la capital un rumor misterioso que conmueve de alegría á los españoles y llena de terror á los franceses: corre la voz de que los paisanos andaluces y algunas tropas de línea han derrotado á Dupont, obligándole á capitular. Este rumor crece y se extiende; pero nadie quiere creerlo, los españoles por parecerles demasiado lisonjero, y los franceses por conside-



rarlo demasiado terrible. El absurdo se propaga y parece confirmarse; pero la corte de José se ríe y no da crédito á aquel cuento de viejas. Cuando no queda duda de que semejante imposible es un hecho real, la corte, que aún no había instalado sus bártulos, huye despavorida; las tropas de Moncey, que rechazadas de Valencia se habían replegado á la Mancha, se unen á las de Madrid, y todos juntos, soldados, generales y Rey intruso, corren precipitadamente hacia el Norte, assolando el país por donde pasan. Aquel fantasma de reino napoleónico se disipaba como el humo de un cañonazo.

Y ahora os he de hablar de cómo la guerra, que parecía próxima á concluir, se trabó de nuevo con más fuerza; he de hablaros de aquel infeliz y bondadoso Rey José, y de su corte, y de su hermano, y del paso de Somosierra con la famosa carga de los lanceros polacos, y del sitio de Madrid, y de otras muchas curiosísimas cosas; pero todo se ha de quedar para el libro siguiente, donde estos históricos sucesos han de tener feliz consorcio con los no menos dramáticos de mi vida, y todo lo mucho y bueno que ocurrió en el matrimonio de Inés.

Ahora guardaré prudente silencio sobre estos sucesos, pues decidido estoy á seguir al pie de la letra la reservadísima escuela del diplomático, y así os digo:

«No, no me obliguéis, abusando de la dulce amistad, á que revele estos secretos de que tal vez depende la suerte del mundo. No me se-

duzcáis con ruegos y cariñosas sugerencias que en vano atacan el inexpugnable alcázar de mi discreción.»

A pesar de esto, ¿insistís, importunos amigos? Nada más os digo por ahora, sino que la familia de Inés salió para Madrid hacia fin de mes y en los días en que el ejército vencedor marchaba hacia la capital de España.

Esta circunstancia me permitió ir en la escolta que por el camino debía custodiar á tan esclarecida familia: así es que formé con los diez á caballo que galopaban á la zaga de los dos coches. ¡Ay! Por la portezuela de uno de ellos solía asomarse durante las paradas una linda cabeza, cuyos ojos se recreaban en la marcial apostura del pequeño escuadrón.

—Estos valerosos muchachos, hija mía—decía su padre,—son los que en los campos de Bailén echaron por tierra con belicosa furia al coloso de Europa. Veo que les miras mucho, lo cual me prueba tu entusiasmo por las glorias patrias.

Basta con esto, señores, y no digo más. En vano me hacéis señas, excitándome á hablar; en vano fingen conocer mentirosos hechos, para que yo les cuente los verdícos. ¿A qué conduce el anticipar la relación de lo que no es de este lugar? A los impacientes les diré que nada ocurrió hasta que llegamos al desfiladero de Despeñaperros. Lo pasábamos en una noche muy oscura, cuando de pronto detuviéronse los coches, oímos gritos, sonó un disparo, y algunos hombres de mal aspecto, saltando desde los cercanos matorrales, se arrojaron al



camino. Al instante corrimos sable en mano hacia ellos... pero basta ya, y déjenme dormir, pues ni con tenazas me han de sacar una palabra más.

FIN DE BAILÉN

Octubre-Noviembre de 1873.

## TRADUCCIONES

### En inglés:

*Doña Perfecta*, a tale of modern Spain.  
Traducción de D. P. N.—London, Samuel Tinsley, 1886.

*Idem.* Clara Bell. New-York, Gottsberger, 1885.

*Idem.* New-York, 1884.

*Idem.* Traducción de D. P. W. New-York, George Munro, Publisher, 17 á 27, Vandewater Street, 1885.

*Gloria.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1882.

*Idem.* Traducción de Nathan Wetherell. London, Remington and Co, 5, Arundel Street, Strand, W. C., 1879.

*León Roch.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11, Murray Street, 1883.

*Marianela.* Traducción de Clara Bell. New-York, William S. Gottsberger, Publisher, 11 Murray Street, 1885.

*Idem.* Traducción de Helen W. Lester. Chicago, A. C. Mac-Clurg and Company, 1892.

*Trafalgar.* Traducción de Clara Bell. New York, William S. Gottsberger, Publisher, 1884.